



La aventura de Nia y el río de los deseos

Nia era una niña curiosa y valiente que vivía en un pequeño pueblo rodeado de montañas y bosques. Le encantaba salir a pasear al campo y observar los animales, las flores y los árboles. Cada tarde, después de hacer sus deberes, se ponía su gorra roja y salía a caminar con su perro Rolo.

Un día, Nia decidió seguir un camino que nunca había recorrido. El sendero era estrecho y estaba lleno de flores silvestres de muchos colores. Después de un buen rato caminando, Nia y Rolo llegaron a un río muy especial. El agua del río era tan clara que parecía un espejo, y el sol hacía que brillara como si estuviera cubierto de estrellas.

Mientras observaba el río, una anciana apareció entre los árboles. Tenía el pelo blanco como la nieve y una sonrisa amable. La anciana le dijo a Nia:

—Este es el río de los deseos. Dicen que si lanzas una piedra al agua mientras piensas en un deseo de verdad bueno, el río lo escuchará y tratará de cumplirlo.

Nia no lo dudó. Cogió una pequeña piedra, cerró los ojos y pidió su deseo: que todos en su pueblo fueran felices y se ayudaran unos a otros. La piedra cayó en el agua y formó pequeños círculos que se fueron agrandando hasta perderse en el río.

Al abrir los ojos, Nia vio cómo el río parecía brillar con más fuerza. La anciana le guiñó un ojo y desapareció entre los árboles. Desde aquel día, Nia visitaba el río cada vez que quería pensar en cosas buenas y recordar qué los deseos más hermosos son los que se piden para ayudar a los demás.